

Publicado en www.relats.org

**DOS REPOPORTAJES A
ESTEBAN «GRINGO» CASTRO**

**I.SÓLO LA COMUNIDAD PUEDE GARANTIZAR EL
FUTURO»**

Publicado en Factor Francisco, mayo 2020

Este es un momento en el que se nos movió el piso. La pandemia nos puso a todos frente a la cuestión de la muerte, la finitud y el límite y de alguna manera eso hace que diferentes formas de lo religioso tomen otra dimensión. ¿Cómo lo ves eso?

Mi religiosidad viene de la experiencia comunitaria. Estuve veinte años construyendo en un mismo barrio y desarrollando estrategias de organización popular basadas en la comunidad, y eso es lo que me llevó al cristianismo. Me fui haciendo cristiano en mis relaciones con el pueblo. Cuando veo cómo actúan mis compañeros y compañeras ante esta crisis refuerzo mi convicción de que la vida en comunidad es la que te protege, te cobija, te permite un pensamiento más colectivo que individualista. Estamos en un momento donde pareciera que sólo la comunidad puede garantizar el futuro. Lo comunitario, empujado por un Estado mucho más amigo, que tiende a la protección y al cuidado, muestra una dirección de salida.

Haces mención a 20 años de construcción comunitaria y popular en tu barrio. ¿Cómo fueron tus orígenes y que te llevó a hacer esas opciones?

Yo nací en un pueblo, que ahora ya es ciudad, que tiene ocho mil habitantes y se llama San Cayetano. Sí, estoy marcado. Mi vieja es nacida y criada ahí, y mi viejo que es de Mataderos, nació un 7 de agosto, día de San Cayetano. Es más, cuando después nos mudamos a Merlo, si me sentía medio bajón era recurrente que tomara el tren a Liniers y fuera al santuario de San Cayetano. Eso que no era un adolescente de misa ni religioso, pero buscaba la contención ahí adentro. En Merlo mi viejo empezó con la fábrica de muebles de oficina, y aunque después vino la dictadura y el rodrigazo, pudimos construir una casa bastante digna para los seis que éramos. Siempre vivimos con lo justo, no teníamos auto, y la crisis del 89' me llevó a ser vendedor ambulante y ahí encontré gente que la pasaba peor que yo. Y por eso digo que el aprendizaje verdadero radica en ir a los barrios. En los noventa no hubo una lógica de ir a organizar a los barrios, sino que estos se arreglaron como pudieron. A lo sumo había una conducta de asistencia, pero por lo general se libraba su suerte al azar. Siempre milité en Moreno, y la vida en comunidad la fui aprendiendo en la zona de Cuartel V, que podría considerar mi lugar en el mundo. Cuando iba a ver a mi novia tomaba un colectivo que era de una mutual que se llamaba Colmenar, y me sorprendió que el chofer paraba en cualquier lado. Dónde los vecinos lo paraban, se detenía. Además el tipo te saludaba, había una lógica compañera. Así que entré al barrio viendo el amor.

¿Qué encontraste ahí?

Como decía, fui criado en un hogar de clase media baja donde nunca nos faltó para comer. Después fui metalúrgico y laboraba todo el día. Pero cuando se vino la crisis del '89, me quedé en la calle y terminé como vendedor ambulante, conocí a muchos que estaban peor que yo. Quizás en ese momento estábamos igual, pero el tema era que ellos siempre habían pasado necesidades. Algunos compañeros me dicen que fue porque ahí me puso Dios, quizás me empujó la propia crianza, pero la cuestión es que elegí quedarme con ellos y construir desde ahí. Y en el barrio empezás a ver que las cosas no son tan lineales. Por ejemplo, cuando desde tu propia experiencia de clase media, con tu educación familiar, ves que una mamá le pega tremendo coscorrón a su hijo, tu moral la condena por zamarrear a una criatura. Te estoy hablando de hace 20 años. Uno podría decir un montón de cosas negativas de eso vinculado a la violencia doméstica. Pero después uno veía que esa misma mujer era la que organizaba el comedor que alimentaba ciento cincuenta pibes, poniendo el pecho en el momento más crítico. Por eso creo mucho en un planteo que leí del Papa, que yo ya lo tenía adentro pero que no sabía cómo expresarlo. Como siempre, fue Francisco el que tiró el centro para que la pare de pecho. Es la idea de que hay un pueblo santo. La santidad no es tan individual sino que más bien es colectiva. Nuestro pueblo es santo, nuestras mujeres, nuestros compañeros, pero no andan todo el día con la aureola. No le puedes pedir que sean santos todo el día viste, algún pecado vamos a cometer. Pero en la vida comunitaria hay una santidad colectiva.

En los barrios más humildes hay una solidaridad y un tipo de vínculo que en otros lados se fue perdiendo. ¿Cómo definirías esa santidad colectiva?

El proceso de ir construyendo esta santidad del pueblo viene de hace mucho tiempo. Algunos de nosotros vivimos el peronismo, o lo vivieron nuestros padres y abuelos. Cuando murió Perón yo tenía 8 años, pero me acuerdo que en mi infancia me la pasaba todo el día en la calle, como viven hoy en los barrios populares. Pero yo vivía tranquilo de que no me iba a pasar nada. Había un Estado que me cuidaba, y ni siquiera se hablaba de los derechos del niño. ¡Me cuidaba y punto! Si me escapaba lejos del barrio y me subía al tren, me agarraba el guarda, me preguntaba de donde era y me mandaba de regreso a la casa. A lo sumo me decía “no lo vuelvas a hacer, pendejo”. Los proyectos neoliberales, al menos en Argentina, hicieron pelota ese tipo de cuidado. Cuando llegaron las privatizaciones y la financiarización de todo, vi como las calles de mi barrio fueron quedando vacías. Por eso creo que el mensaje central es que hay que sostener la vida en comunidad. Si tuviera el poder de hacerlo, decretaría que a partir de las seis de la tarde toda la Argentina está obligada a salir a tomar mate a la vereda. Bueno, ahora no se podría, pero cuando salgamos de todo esto, es eso lo que hay que recrear.

Si hablamos de doctrina ¿Qué le dice el Papa Francisco a tu peronismo? Y, en modo más general, ¿qué ves que le dice al peronismo “realmente existente”?

Me parece que conecta con el que está más imbuido en la cultura nuestra. Me parece que toma eso. Nosotros reivindicamos el peronismo porque fue el movimiento que

pudo llegar al poder. Y por eso se lo señala como el hecho maldito. Hubo muchos intentos de movimientos populares en Latinoamérica que lamentablemente no llegaron. El proceso de Chávez en Venezuela, por ejemplo, llegó pero tarde, cuando desarrollar el pleno empleo es globalmente difícilísimo. En mi humilde opinión, creo que el Papa toma la cultura del peronismo, los hilos de la comunidad organizada, o de cómo se organiza la comunidad. Cuando vino la globalización nos fragmentó. Dejó a un sector de la clase trabajadora adentro de la fábrica, en el estado o en los servicios, permitiéndole a ese segmento seguir gozando de sus derechos, pero también dejó un 40% de trabajadores excluidos que pese a eso nunca dejamos de ser parte de ese movimiento popular y del movimiento obrero. Cuando Francisco dice: *“ojo que son todos trabajadores, y tienen los mismos derechos que el resto”*, está retomando el peronismo que intenta que todos tengan los mismos derechos y que lo logra. Aunque ahora no lo estamos logrando, creo que en el planteo del Papa está la idea del pleno empleo como horizonte. No como lo vivimos nosotros en el siglo XX, porque el proceso de concentración económico ha sido brutal, pero si en la medida que los laburantes nos generamos nuevas formas de trabajo y que esas formas deben ser reconocidas. Por eso digo que las ideas de Francisco son una actualización doctrinaria del peronismo. El pleno empleo se puede construir de otra forma. Si viene algo mejor, lo tomaremos, pero por ahora no hay otro camino posible. El laburo que hacemos, la economía del cuidado, el reciclado, la venta ambulante, lo que te imagines que se hace por fuera, tiene que tener los mismos derechos que el resto de la clase trabajadora.

Apostar por la comunidad, por las organizaciones populares y por una nueva forma de concebir el mundo del trabajo son ideas centrales en el pensamiento de Francisco. El domingo de Pascua pasado, el Papa envió una carta a los movimientos populares con ese espíritu. ¿Cómo lo vivieron ustedes?

En los movimientos hay una izquierda popular que entiende lo que fue el proceso del peronismo en Argentina, y también otros compañeros que somos peronistas de la cuna. Todos tenemos un gran aprecio por Francisco. Entonces, que nos mande un mensaje el día de la Resurrección de Jesús es, desde el lenguaje simbólico, muy importante. Los símbolos para nuestro pueblo son clave, y son formas de comunicación que el neoliberalismo y la globalización vienen trabajando para que los perdamos, y nosotros los recuperamos todo el tiempo. Por eso creemos que la resurrección es con los demás, es colectiva. Pero tampoco quiero caer en la romantización o idealización de los movimientos populares, y el Papa tampoco cae en eso. El planteo es simple. Con todas las contradicciones que tenemos, estamos al lado de un pueblo humilde que va para adelante como puede, con sus “idas y vueltas”.

Algo que pegó fuerte de la carta a los movimientos populares fue el planteo del Papa de que es tiempo de analizar la implementación de un salario universal. ¿Qué piensan desde la UTEP (Unión de Trabajadores de la Economía Popular) respecto a esa posible respuesta a la crisis de la pandemia?

Nosotros estamos trabajando en un documento en el que planteamos esa medida pero en conjunto con otras, como la

necesidad de crear un millón de chacras productivas, la construcción de un millón de viviendas, y hasta fundar nuevas ciudades. Es un planteo que está relacionado siempre al trabajo, y que en el marco de la pandemia sentimos que entra mejor que nunca en el debate público. Hay compañeros y compañeras de los sectores medios que son monotributistas y hoy están sin trabajo. Quizás muchos de ellos en algún momento pensaron que nuestros compañeros eran todos unos choriplaneros, y hoy están anotándose en el IFE (Ingreso Familiar Extraordinario) porque lo necesitan. Por eso es un tiempo indicado para decir estas cosas.

Ahora, nuestro concepto de Salario Universal está vinculado a que todos los días salgas a laburar, sean tres o seis horas, y no a que te quedes en tu casa mientras entra la plata. Porque sino no se construye la comunidad. El objetivo es un piso salarial para los trabajadores. Por ejemplo, si estás en el sector de la construcción y de momento no estás laburando porque se terminó la obra, la idea es que sigas cobrando ese salario para estar tranquilo hasta que vuelvas a entrar a otra. No para que vivas de ese seguro de desempleo, porque si no otorgas la posibilidad de que te digan “vos vivís de nuestros impuestos” con un discurso que fragmenta. Necesitamos una sociedad que no esté fragmentada. Cuando Francisco pide el reconocimiento a los compañeros que trabajan por fuera del sistema formal, está pidiendo también el reconocimiento a su necesidad de salario. Si trabajás cuidando chicos y hace diez años que tu sueldo es la mitad del mínimo, bueno, ya es tiempo de empezar a cobrar el mínimo. El eje siempre está vinculado al trabajo, y el trabajo es lo que hacemos como personas. No es ni explotación ni trabajar dieciséis horas, sino lo que permite realizarte.

¿Cómo es el diálogo sobre el Papa o sobre la Virgen de Lujan como símbolo en las movilizaciones, con los compañeros que vienen de una vertiente más de izquierda?

Por suerte hay mucho respeto. Primero porque peleamos juntos, nos reprimen juntos, y vamos en cana juntos. Tenemos una hermandad en la lucha. Pero además pasa que el compañero que tiene una filosofía más de izquierda, tiene una base social con las características de nuestro pueblo, y por eso hay una izquierda popular. Después, claro, hay una izquierda que no lo respeta. Pero tengo en general recuerdos positivos. Una vez que nos reprimieron en el Puente Pueyrredón, habíamos llevado una Virgen de Lujan y al compañero que la sostenía la policía no lo podía voltear. Más adelante, en otra manifestación, se generó un encontronazo con la policía que los dirigentes mismos tratamos de disipar, y ahí, en plena negociación, Vilma Ripoll del MST me dijo: “*¡Che, Gringo, no trajiste la Virgen esta vez!*”. Y esto te lo digo también pensando en que yo trato de ser muy respetuoso del campo evangélico. Tengo amigos entrañables que son pastores, evangélicos. Con ellos no tenemos ninguna diferencia salvo que a mí me gusta pedirle a la Virgen como intermediación y a ellos no.

Creo en la unidad del cristianismo popular. Porque cualquier religión que es atravesada por la lógica de la globalización y el neoliberalismo termina generando fragmentación. A mí me gusta discutir con pastores evangélicos cuestiones teológicas cuando aparece lo de la teología de la prosperidad. Hay un montón de pastores que no están de acuerdo con esa lógica que te dice que “cuanta más plata ponés, más te prospera Dios”. Es más, te diría que la mayoría de los pastores de la Argentina no está de acuerdo con esa lógica, y a todos esos

los católicos los tenemos que abrazar. Es difícil pero hay una fragmentación que tenemos que resolver, porque esa unidad también es necesaria, y hay que laburarla.

Pensando en esto de la fragmentación y la dificultad para comprender la complejidad del mundo religioso ¿cómo ves esa dimensión de la espiritualidad y la mística en la militancia de los sectores medios?

Hay cierta reticencia que es comprensible. En mi caso, viví muchos años renegando de la Iglesia, y gran parte de ese tiempo estuve en los barrios construyendo comunidad. Me acuerdo de un cura amigo a quien le dije directamente “yo dudo de la existencia de Dios”. Él me contestó “mira, yo veo que lo que vos y tus compañeros construyen es cristiano. Eso es el cristianismo. Después podés tener dudas, como todo el mundo, pero tu accionar y el de tus compañeros es cristiano”.

A mí me interesa que se profese la fe cristiana es porque está íntimamente relacionada con los humildes y desprotegidos. Creo que hay que hablar de Dios y leer la Biblia, pero el comportamiento y la acción son fundamentales. Si te falta una de las dos cosas andas medio rengo. He visto mujeres de los barrios que mientras esperan el colectivo, si ven la imagen de la Virgencita en un altar callejero la tocan antes de seguir camino. La religiosidad está incorporada en su vida. Hubo un 7 de agosto donde yo planteé que “el pueblo no separa la fe de la lucha porque no separa la fe de la vida”. Es algo que está dicho, no que inventé yo, pero en realidad, se trataba de un mensaje que me costó años entenderlo. Cuando lo asumís es porque lo estás sintiendo, y en muchos sectores de clase media eso no aparece. Será por la propia formación, o por

vincularse de otra forma. Quizás porque en Capital no encontrás una Virgencita en cada esquina.

Si bien la Iglesia con Francisco se está planteando trabajar afuera del templo, durante muchos años se metió para adentro. Tal vez sea un efecto de la globalización. Cuando viene la ola de fragmentación brutal, uno se recuesta sobre lo conocido y lo cuida, abraza lo propio, lo más chiquito. Francisco plantea el salir como una medida transformadora para entrar en comunión con mucha más fuerza. A algunos les cuesta más que a otros, y nosotros debemos salir al encuentro de los sectores medios para dar esta discusión.

En tus palabras aparece mucho la figura de la mujer de los barrios. “*Un plan para resucitar*”, el artículo que publicó Francisco para las pascuas, pone al genio femenino como vanguardia de la resurrección. Visto desde los movimientos populares, ¿cómo juega la fuerza de lo femenino y como se la pone en forma en pos de la unidad?

Si pude entender el cristianismo fue a partir de las compañeras, no de los hombres. La vida comunitaria la lleva adelante con mucha más fuerza la mujer. Aun con la violencia de género, aun teniendo que criar a cinco o seis hijos, aun con todo el machismo que es abrumador y avasalla la cultura de los barrios, son las mujeres las que ponen amor y comunión a la construcción de comunidad. Después tenés algunos compañeros que más o menos lo entendimos, sin dejar de ser machistas por eso. Pero reivindico que el cristianismo popular está fuertemente vinculado al feminismo comunitario, más allá de las posiciones que existan sobre determinados temas que se van imponiendo, como el aborto.

Hay mujeres que se han hecho abortos y están en contra de la legalización. Todo es muy contradictorio, y por eso es difícil armar un esquema de quién está en cada lado en relación a algunos temas. Pero, ¿quién nos va a ayudar a salir de la violencia? Yo creo que las mujeres. Las compañeras son las que me han ayudado a erradicar una violencia que llevo adentro. Me salvaron, porque me hubiesen cagado a tiros o a fierrazos, en peleas que no era en defensa de nada sino por puro machismo. Despojar esa violencia aprendida en la crianza solo puede hacerlo una construcción comunitaria y con la impronta de las mujeres. No quiero decir que las mujeres no puedan ser violentas, pero el desarrollo del feminismo comunitario ha contribuido mucho a romper con el machismo. Tengo compañeras que salieron de la organización de base de Moreno que son personas extraordinarias. Lo que noto en ellas es un amor de trascendencia, un amor que no es solo cuidar a los hijos míos sino a los de todos. Esa es la expresión más clara del cristianismo.

Hablando de los barrios, uno de los lemas que siguió al #QuedateEnTuCasa fue el #QuedateEnTuBarrio, como buscando adaptar la cuarentena a las necesidades y dificultades de los barrios más humildes. ¿Qué puedes destacar de cómo se organizan los barrios del tercer cordón con el coronavirus?

Tengo un mapa más preciso de lo que pasa en Moreno pero me informo de lo que pasa en todo el país. En Moreno hay casi ochenta ollas populares, y actualmente reciben vianda 85 mil personas de una población que estimamos es de 700 mil. Tenemos muchas formas de alimentación que las va

organizando la comunidad. Con el coronavirus, hay por un lado algo de solidaridad creciente, pero por otro se busca también una manera de no ser parte de la propagación del virus. Si antes había veinte personas trabajando en el comedor, se redujo el número, porque si uno se contagia no puede quedar nadie para seguir cocinando. Hay que mirar todos los detalles. Todavía no vino una propagación grossa, pero uno se prepara para que nos toque la puerta en cualquier momento. Y eso no pasa sólo en Moreno. Un gran amigo mío labura en barrios de San Isidro y es lo mismo, dónde hay pobreza hay ollas populares.

Pero estas ollas son diferentes. Antes hacíamos las ollas y las movilizaciones masivas contra una política neoliberal. Hoy las ollas son por el cuidado, y porque Macri dejó un país hambreado, y no alcanzamos a salir que se nos vino la pandemia. Cuando alguien del Gobierno toma una medida basada en el cuidado y el amor el pueblo responde en la misma dirección. Entonces, no hay ollas populares puteando al gobierno, sino preocupadas porque la gente coma y para que no nos destruya la pandemia.

Esto es porque Alberto tomó una medida basada en el amor al pueblo. Después, esas medidas hay que profundizarlas. Nosotros siempre llevamos propuestas, pero no siempre nos toca la suerte que tenemos ahora, de tener un oído del otro lado. Néstor y Cristina hicieron cosas en el mismo sentido, pero no tuvieron una pandemia como esta. La situación era muy compleja, fueron apoyados en un principio, pero después les saltaron a la yugular, como le puede pasar a Alberto si sigue apoyando al pueblo. Pero creo que Alberto tomó una medida que el pueblo la asimiló muy bien.

Hoy tenemos la posibilidad de recuperar esa sensación de tener un Estado que nos cuida. Estamos en el momento de profundizar para el lado que hay que profundizar, o de que vengan las grandes corporaciones a arrasar y llevarnos a índices de 60% de pobreza. Por eso hay que pensar cómo avanzar y hacer propuestas que la inmensa mayoría se sienta beneficiada. La pandemia tiene esas dos vertientes. Por un lado el mundo es un caos, y por otro decís “mirá que maravilla la solidaridad que está generando”.

En pocas palabras, ¿cómo ves la salida de la pandemia?

Si se pone el acento en la construcción de comunidad, somos invencibles, no hay forma de perder. La muerte es parte de la vida, es algo que nos ocurre como pueblo todo el tiempo, pero evitando que la enfermedad se masifique y poniendo el eje en la comunión, en construir lazos mucho más solidarios, vamos a poder enfrentar lo que se nos viene, mucho más fuertes. Tenemos que construir un cristianismo popular. Depende mucho de nosotros, de no meternos para adentro cuando podamos volver a estar afuera. Acompañando. Reivindicando cuando hay decisiones amorosas de parte del gobierno y criticarlo cuando no lo son. Si hacemos todo eso, entre todos salimos.

II. LA TERNURA ORGANIZADA

Reportaje por Paula Abal Medina

La Nación Trabajadora, diciembre 2019

Nos gustaría que cuentes tu historia laboral y familiar en general.

Yo de pibe iba a Lanús Oeste, donde mi viejo tenía el taller. Era una pyme que siempre había sido contratista del sector privado que fabricaba muebles de oficina. Él iba a la fábrica pero laboraba por su cuenta. Se encargaba de un grupo de trabajadores. Era un contratista dentro del sector privado. Él no tenía galpón ni fábrica ni máquinas, pero era soldador y un groso en la fabricación de muebles de oficina, porque en esa época que te cerrara bien un cajón era algo artesanal.

Después él mismo se puso una fabriquita, y yo de pibito iba ahí. Esto fue antes de la dictadura, yo tendría 7 u 8 años, y durante la dictadura también, hasta que en el 80 se funde. Era como un industrial peronista pero chico. Después, a mí me toca la colimba y cuando salgo de ahí quiero laborar formalmente. Yo me dedicaba a todo lo que es armado para que él pudiera soldar. Despuntaba, doblaba, marcaba y se lo entregaba para que él lo soldase. Como se había fundido en el 80, empezó a laborar para otro tipo de la misma forma, como contratista, haciéndose cargo de los empleados. Una cosa rarísima: los empleados ganaban muy bien porque, como era peronista, quería que los empleados ganaran muy

bien. Yo no tenía el formato del hijo del patrón, era un laburante más, no tenía ningún tipo de privilegios, laburaba y eso era muy importante, porque vos te vas haciendo como un laburante. La idea era que si yo no era un buen laburante mi viejo perdía autoridad entre los trabajadores y no podía mandar. Pero avanzó ese proceso de concentración económica y nos volvimos a fundir en 1989, cuando fue la hiperinflación. Ahí fue la devastación. A mi viejo le agarró cáncer y se muere, como le pasó a miles de pequeños empresarios que tenían un proyecto de pequeña empresa que no pudieron sostener. Después enganché otros laburos. Empecé a trabajar de preceptor y en el medio fui vendedor ambulante, entre tres o cuatro años, incluso siendo preceptor salía a vender. Avanzó ese proceso de concentración económica y nos volvimos a fundir en 1989, cuando fue la hiperinflación. Ahí fue la devastación.

¿Vendías cosas que hacías vos?

No, no, vendía lo que podía. Durante un tiempo vendí huevos y miel, casa por casa. En otro momento quise vender en el tren pero me tenía que cagar a piñas todos los días. Me di cuenta de que no podía entrar. Después vino el proceso de privatización del tren y pudimos entrar todos a vender. Con mi viejo, hacia el final de su vida, tuvimos una pelea porque yo empecé a ser muy crítico del menemismo y él bancaba el proceso de las privatizaciones. Nosotros viajábamos en tren y se viajaba pésimo. Entonces él, como muchos, decía “bueno, que lo privaticen”. Mi mamá después me dijo que en realidad él tenía miedo de que a mí me pasara algo como militante, como les pasó a muchos compañeros –porque él militaba en el peronismo, en una fundición—. Era autodidacta, había leído

a José Ingenieros, a Perón, el último libro que leyó fue Mi hijo el Che. El último tiempo estábamos en conflicto, pero bueno, todo ese proceso les pasó a muchas personas de mi generación. Durante un tiempo vendí huevos y miel, casa por casa. En otro momento quise vender en el tren pero me tenía que cagar a piñas todos los días. Me di cuenta de que no podía entrar.

¿Cómo decidiste la militancia en el barrio si venías más de la actividad en fábrica?

Cuando fui preceptor decidí estudiar Historia. Pero siempre fui malo para estudiar. Así conocí a algunos compañeros del PC, a otros peronistas, etc., y fuimos dando debates. Yo nunca me corrí del peronismo, soy de concepción peronista pero tengo muy buena relación con compañeros de otra extracción. Yo venía de un sector más de clase media, con estas características que te acabo de comentar. En realidad fuimos clase trabajadora porque nosotros nunca tuvimos auto. Con todo el laburo que tenía, mi viejo llegó a hacer su casa en Padua. Hoy no te la podrías hacer. Pero nunca se pudo comprar un auto. Características distintas a las de ahora. Mientras me pongo a estudiar, mi decisión ya era estar aprendiendo en un barrio. Yo había elegido el barrio popular como un lugar de militancia y de aprendizaje. Porque acá había algo raro. El tema de las privatizaciones. Estaban pasando cosas muy raras. Y tomo la decisión de estar al lado de los más pobres. No sé por qué. No soy muy católico.

Eso te iba a preguntar, si habías llegado por una vía más religiosa

No, en ese tiempo no tenía esa característica, tenía los valores que me habían inculcado mi viejo, mi abuelo materno y mi vieja. -¿Tu abuelo materno? -Era peronista pero del campo. Él vino de Italia a los 11 años, medio fundido, en un barco. Su familia llega acá y alquila tierra. En un momento ya estaba para entregar la tierra porque no le daba ganancias. No podías ni mantener a tu familia y viene Perón con la Ley de Alquileres y los alquileres bajaron muchísimo. Mi abuelo nunca se pudo comprar campo, no sé por qué, pero se pudo hacer una casa en el pueblo. Después integró una cooperativa agropecuaria. Un tano peronista. Todo eso me influyó. Creo que los valores cristianos te los van transmitiendo. Mi viejo nunca se definió como cristiano. Yo hice la comunión por mi vieja, pero no había una transmisión.

¿Y tu vieja a qué se dedicó?

Mi vieja, en el pueblo de ella, era una peluquera muy reconocida.

¿Cuál es el pueblo?

San Cayetano. Le digo pueblo pero es ciudad, porque hoy tiene 8000 habitantes. Estoy muy conectado con la familia materna. Como pareja mis viejos decidieron ir a Padua. Yo viví ahí de los 5 a los 12 años. Vivíamos muy ajustados, alquilábamos, teníamos un lugar muy chiquitito, yo dormía en un catre, éramos cuatro hermanos. Mucho esfuerzo hasta que pudieron hacer la casa. Mi vieja siempre laboró generándose un ingreso desde su casa: costura o peluquería

o cualquier cosa, cuidando cuatro hijos. Imaginate la típica estructura de una sociedad salarial, industrial, patriarcal, machista. Tenían muchas discusiones con mi viejo porque los dos tenían carácter y se sacaban chispas. Mi mamá estaba muy atrás nuestro, para que estudiáramos, para que fuéramos a la universidad. El único que no terminó fui yo. Todo esto es para decirte que, en la etapa que nos toca a nosotros, todo el tiempo nos planteamos “¿qué hacemos con esto?”, “¿qué hacemos con lo que queda afuera?” Porque se había logrado pleno empleo, se habían logrado derechos para todos y empezaba a quedar una capa cada vez más grande de trabajadores. ¿Viste que en la carta abierta a la dictadura Rodolfo Walsh dice que “el 8% de desocupación es genocida”? ¡Imaginate ahora! Con Perón vivo, en el setentipico, la distribución de la riqueza, tengo entendido, llegó a ser del 52% para los trabajadores. Si bien las decisiones son políticas, como nosotros vivimos acá y tenemos las características que tenemos, los pasos a seguir eran: o convencés a quien dirige el país que desarrolle una estrategia para incluirnos a todos, o construís como se construye en este país, que es desde el concepto del trabajador, derechos para el trabajador, derechos laborales, nuevas formas de producción.

De esta caracterización surge la teorización y las realizaciones de la economía popular. ¿Podés desarrollar tus ideas sobre esto?

Claro, el punto de partida fue preguntarnos cómo carajo hacemos para que todo lo que queda afuera vuelva a ser parte del pleno empleo. Durante el kirchnerismo se mejoró el nivel de ingreso y la distribución de riqueza respecto a los

noventa, pero no llegamos ni a la distribución de la riqueza de Alfonsín. ¿Se entiende? De alguna forma vos creés que el sistema te va a dar respuestas, que nos va a incluir a todos, que ese 30% de trabajadores que nosotros definimos como economía popular pero que en realidad es economía de subsistencia, va a poder entrar. Que si nosotros manejamos determinadas variables vamos a lograr que todo el mundo tenga trabajo. Ese es para mí el nudo del debate de esta sociedad y de la sociedad a nivel mundial: o lográs el pleno empleo porque tu país es un país que invade con sus mercaderías a otros países, y se cagan todos en otros países, o te auto mentís. Ese es el núcleo del problema para mí. Es el tema que no se discute en la sociedad. Discutimos de inflación, discutimos del dólar, de la deuda, pero el problema de la producción y del trabajo no se discute. Lo discuten algunos grupos de izquierda que están planteando bajar la cantidad de horas de trabajo para redistribuirlo. Pero cualquier empresario te va a decir: “Escuchame, los tengo a los chinos produciendo como bestias y vos querés que por cuatro horas yo te pague, ¿cómo hago? ¿Cómo compito? No tengo manera.” Porque nadie quiere parar el avance tecnológico. No me acuerdo quién fue, algún groso de esos multimillonarios, que propuso hacer un pacto tecnológico para detener el avance de la tecnología y los demás le dijeron “¿Por qué te vamos a creer que vas a parar?”. Eso no para, no frena. Si bien las decisiones son políticas, como nosotros vivimos acá y tenemos las características que tenemos, los pasos a seguir eran: o convencés a quien dirige el país que desarrolle una estrategia para incluirnos a todos, o construís como se construye en este país, que es desde el concepto del trabajador, derechos para el trabajador, derechos laborales, nuevas formas de producción. No puede haber

trabajadores que tengan derechos distintos a otros trabajadores, y para eso la decisión fue construir un sindicato diferente, de trabajadores sin patrón visible. Aunque siempre hay una terminal de lo que vos haces. Cualquier cosa que un trabajador venda en la vía pública, alguien la produjo. Aunque no tengan una relación laboral, el que produce es patrón del que vende.

¿Cómo pensás la lucha o incluso la negociación sindical cuando la trama productiva está deshilachada, cuando se multiplican las formas de informalidad y de precariedad?

Los grandes grupos económicos necesitan un nivel mayor de precarización laboral. Son las grandes corporaciones que quieren mandar al muere aun a aquellos que yo no quiero (me refiero a determinados sectores de la economía que tienen algún nivel de concentración, pero que al lado de los grandes grupos no existen). Entonces, nosotros, para construir un nuevo tipo de sindicato, necesitábamos discutir la producción en el trabajo: qué hacen los trabajadores que son capaces de crear estas nuevas formas de trabajo o de producción. Cuando te ponés a trabajar en las peleas que das, por ejemplo el salario social complementario, cuando organizás centros culturales donde trabaja gente, cuando trabajás en la producción de viviendas, comedores: es la extensa economía invisible. Compañeras que les han salvado la vida a miles y yo te diría a millones de pibes y están invisibilizadas. Todo eso es trabajo que hacen las mujeres para cuidar a los hijos. Empezamos a ver todo lo que era trabajo y que no era tenido en cuenta como tal. El vendedor ambulante no es trabajo, el carbonero no es trabajo, las cooperativas no es trabajo. Visto desde el sector de la

burguesía que tenemos en nuestro país y desde los trabajadores formales, se trata de un grupo al que hay que asistir. Y ahí yo siempre recuerdo la frase del Papa Francisco que, cuando fuimos al encuentro de los movimientos populares, dijo: “Los pobres ya no esperan a nadie: trabajan, estudian y se organizan”. Por eso la decisión fue construir un sindicato diferente, de trabajadores sin patrón visible. Aunque siempre hay una terminal de lo que vos haces. Cualquier cosa que un trabajador venda en la vía pública, alguien la produjo. Aunque no tengan una relación laboral, el que produce es patrón del que vende. Esa definición de la iglesia, que no era la visión que yo escuchaba o entendía hasta ese momento, pone a los trabajadores de la economía popular en el lugar de artífices de su propio destino y además los saca del lugar de pobrecitos a los que hay que asistir. Aunque vivo en un barrio popular de la periferia vengo de otro sector social y siempre trabajé mucho este problema para no caer en eso de ver a alguien como un pobrecito. En definitiva todos somos trabajadores y todos desarrollamos alguna cualidad. Después resulta que por algunas otras cualidades o por algún don que Dios te dio encajaste como dirigente pero en realidad yo conozco infinidad de compañeros que viven en nuestros barrios que han desarrollado cualidades increíbles. Hay mucho progresismo que se cuida de tratarte verbalmente como pobrecito, pero en su práctica política te trata así. A mí me parece que esa definición ayuda mucho a entender que se trata de un problema que nadie va a resolver por nosotros. Algunos creen que hacemos pobrismo. En la CTEP hacemos sindicalismo. Construimos una organización sindical de nuevo tipo. Compañeras que les salvan la vida a miles y yo te diría a millones de pibes y están invisibilizadas. Todo eso es trabajo que hacen las mujeres para cuidar a los hijos. Empezamos a

ver todo lo que era trabajo y que no era tenido en cuenta como tal. Cuando sea necesario el planteo político habrá que construir otra herramienta política. Si vos no te mostrás y no salís a la calle no construís alianzas ni construís poder y los que mandan te siguen tratando como pobrecito: “A este pobrecito vamos a darle el plancito social y que se fije cómo hace para vivir”, ¿no? Así este pobrecito recibe el plan, la asignación, etc. Para mí no es así. Para que no te traten de pobrecito tenés que construirte una herramienta de tipo sindical y gremial. Que nadie se confunda. Nosotros no salimos a pedir planes. La definición de salario social complementario es a propósito de eso. Los compañeros se generaban un ingreso, sobre todo durante la etapa kirchnerista, después fue cada vez más difícil. Necesitaban un complemento salarial que les permitiera llegar a fin de mes, tener una obra social, aportes previsionales, etc. Eso no es estrictamente político, es sindical. Ahora, cuando empezás a construir eso, te juntas con otros trabajadores, con trabajadores organizados y empezás a discutir con compañeros que están peleando en Atucha, con compañeros que están sufriendo en los hospitales, con los docentes, etc. y decís “che, acá, la verdad es que se necesita otro proyecto de país”. La CTEP no es una herramienta política sino sindical. Yo tengo mi espacio político en el Movimiento Evita. El vendedor ambulante no es trabajo, el carbonero no es trabajo, las cooperativas no es trabajo. Visto desde el sector de la burguesía que tenemos en nuestro país y desde los trabajadores formales, se trata de un grupo al que hay que asistir. Y ahí yo siempre recuerdo la frase del Papa Francisco que, cuando fuimos al encuentro de los movimientos populares, dijo: “Los pobres ya no esperan a nadie: trabajan, estudian y se organizan”.

Pero está la tensión, porque la CTEP es también una Confederación de Movimientos Populares. Uno va ahí y está presente el Evita, el MTE, La Dignidad...

Por eso. Va a ser un proceso, quizás yo ya no estaré, no importa eso, pero va a ser un proceso donde se construya esta nueva forma de estructurar un sindicato. Cada responsable de esta nueva rama va a tener mucho poder o se van a armar mesas de las ramas. Pero lo central es no sacarle el cuero a la pelea, hemos estado juntos en todos los conflictos, toma de tierras, toma de fábricas. Te vas hermanando en la lucha. Para mí todos los que luchan son mis hermanos y mis hermanas. Pero caminar juntos no es fácil. No es fácil construir consenso.

¿Cómo es la radiografía que tenés hoy en mente?

Por ejemplo, de lo que es la vía pública hay una rama que es la de reciclado, cartoneros. Muchos trabajan en la vía pública y en el conurbano se trabaja en recicladoras. En algunos lugares se trabaja con carreros, que tienen caballos. Todas esas ramas tienen sus problemáticas. Vendedores que compran y venden o vendedores artesanos que producen, ferias, armado de ferias, disputa con la mediana y pequeña industria por el espacio público, etc. Esa es una disputa jodida y tenemos que ir caminando juntos para resolver el problema.

¿Cómo es ese conflicto?

Ahí hay varios problemas para discutir con la clase media, porque cuando los compañeros cobraban asignaciones, salarios, salario social, muchos comerciantes estaban a las puteadas con la gente porque cobraba eso. Pero en la Argentina ese sector del pueblo gasta sus ingresos en el comercio. Después querés seguridad, y no hay mayor seguridad que la gente en la calle. En la época del pleno empleo, los que la vivimos ahí con lo justo, como yo que tendría 8 años cuando murió Perón y vivía en un lugar de clase media, en realidad vivía en la calle. El patio delantero de mi casa era la calle. Estábamos todo el día jugando a la pelota, todo tipo de actividades, a lo sumo tus viejos te obligaban a dormir la siesta, pero estábamos todo el día ahí. Hoy vas a esos lugares y no hay nadie, lo único que hay es rejas. La estrategia de sacarnos de la calle, nosotros la tenemos que romper ganando la calle permanentemente. Estando en la calle, tomando mate. Los comerciantes putean contra el compañero que vende algo. Lo único que tenemos para discutir es “Che, no vendas lo que vendo yo”, “¿Dónde lo compras?”, “¿Cómo te doy una mano?”, “Ocupame un lugarcito, organicemos el espacio público para que trabajemos los dos”. Toda esa lógica es la que nos tendría que permitir ponernos a discutir cómo y cuál es la estrategia. ¿Que haya cada vez más gente afuera? ¿Que esa gente tenga cada vez menos derechos? ¿Empujarlos cada vez más a ciertos niveles de marginalidad, generando espacios de represión que no dejen a uno vivo? Eso no es un proyecto de país. Ese debate es el que se tienen que dar los trabajadores, entre los cuales estamos nosotros. Y eso quizás se hace afuera de la fábrica. Se hace con la política, se hace con los

partidos políticos, pero tiene que haber una presencia de los trabajadores muy fuerte en los espacios políticos que disputen el poder, si no, no hay disputa del poder. Quienes tienen la decisión política te dicen “vos no podés”, “puedo yo”; te muestran permanentemente que son un desastre, pero vos no podés. Los trabajadores tienen que formar parte de los partidos y tienen que estar discutiendo proyectos de poder, que es el estadio posterior a lo que se discute en la CTEP. Es muy llamativo, porque ellas son capaces de dar la vida en el barrio, pero no aparecen en los discursos políticos y eso es algo que hay que modificar. Las compañeras tienen que jugar en política seriamente porque con esa ternura revolucionaria no hay forma de romperla, de quebrarla.

¿Cómo juega la iglesia y la religiosidad de los sectores populares? ¿Hasta qué punto está el riesgo de la despolitización, de que los reclamos se vuelvan ante todo reclamos de asistencia?

El proceso de la militancia me enseñó a dar estas peleas. No sé si prestaste atención a que Chávez, cuando hablaba, mencionaba constantemente a Jesús. Para mí eso tiene que ver con la integralidad del discurso de Chávez. Eso es lo que tienen que hacer los trabajadores, lo que tiene que hacer el Estado y también lo que hay que hacer con la espiritualidad o religiosidad del pueblo. No tiene que ir por caminos separados. No tiene que haber discriminación hacia esas unidades de pensamiento. Hay una decisión de la Iglesia de separar la lucha de la fe. Entonces vos vas a la iglesia y te despolitizás y, por otro lado, estás en medio de la crisis y querés pelear. Esas cosas deben ir juntas, no es necesario separarlas. Por ejemplo, en el barrio, conozco a muchas

compañeras que no van a la iglesia todos los domingos y que sin embargo pasan al lado de una ermita con una virgen y la besan o hacen la señal de la cruz. Eso significa que tienen incorporada la religiosidad popular a su vida. O, por ejemplo, cuando muere alguien juntan guita y se encargan de ir a buscar al cura. Eso está presente en la CTEP porque allí están los sectores populares que se sienten interpelados por el Papa Francisco. Y también están los evangelistas, los umbanda, etc. La espiritualidad está incorporada a la vida cotidiana y ayuda a la discusión que hay que dar sobre la forma de producción del trabajo. La idea de la integralidad es lo que hace nuestro pueblo, así que basta mirarlo, no tenés que analizar cosas muy extravagantes. Llegar a esas conclusiones a mí me llevó años. Otro ámbito en el que se ve la integralidad es en las fiestas populares en las que se baila cumbia, chamamé, quarteto, murga y rock and roll. Las fiestas populares son los lugares donde más me divierto. Todo eso hace para mí a la discusión que hay que integrar sobre la producción y el trabajo; ninguno de estos aspectos debe ser dejado de lado. Es una lucha permanente porque hay fuerzas dominadas por el capital financiero, los grandes CEO, que necesitan que perdamos la memoria, que pensemos casi en el marco de la desintegración social. Pero el pueblo se las arregla para zafarse. Yo creo que ahí hay mucho de Evita y de Perón. Hace poco me acordaba de una experiencia que le escuché contar a Miguel Ángel Estrella: una vez alguien le preguntó por qué se hizo peronista y él le respondió que cuando era chico y vivía en Tucumán llegó Evita en tren y un grupo de pibes entre los que estaba él la recibieron. Mientras ella les hablaba, se le caían las lágrimas y los acariciaba, y así fue cómo se hizo peronista a pesar de no venir de una familia peronista. Cuando ves todo de un saque te conmueve,

te rompe todo. Eso era lo que tenían y eso es lo que te permite pelear. Yo tuve muchas discusiones internas más cuando daba la pelea por no tener la integralidad. Dudas pequeñoburguesas que me las resolvían mis propios compañeros. Por ejemplo, en el centro cultural que organizamos, cada año hay un curso, y yo planteaba que tenía miedo de que pasara algo. La verdad es que nunca pasó gran cosa, y la única vez que pasó algo se cortó el curso. Es decir, se tomaban todas las medidas, pero nunca dejaban de hacerlo. Y para mí había que buscar otras formas; se me planteaba toda una discusión ideológica que no era ideológica; era por no tener integrado el concepto de la lucha del pueblo, por no entender que eso también forma parte de la lucha y que las contradicciones que se generan en una fiesta popular también forman parte de la lucha. No es solamente cuando te enfrentás en el Congreso con la policía. Por ejemplo, en el barrio, conozco a muchas compañeras que no van a la iglesia todos los domingos y que sin embargo pasan al lado de una ermita con una virgen y la besan o hacen la señal de la cruz. Eso significa que tienen incorporada la religiosidad popular a su vida. Eso está presente en la CTEP porque allí están los sectores populares que se sienten interpelados por el Papa Francisco. Y también están los evangelistas, los umbanda, etc. La espiritualidad está incorporada a la vida cotidiana y ayuda a la discusión que hay que dar sobre la forma de producción del trabajo. Yo me cuestioné mucho por qué tenía esos temores y los compañeros no. Hasta que un día hice el clic. El problema es que yo no tenía un pensamiento integrado. El poder trabaja para desintegrar pero los militantes que han surgido de nuestra organización tienen una integralidad superior. Es cierto que tenemos el gran problema del desarrollo teórico de

eso. Nunca lo escribimos en ningún lado. Me refiero a compañeras y compañeros que conozco que estaban en la ruina y hoy son cuadros políticos. Y cuesta mucho más que salga un cuadro de un barrio que de una universidad. Cómo hacer esa mixtura y cómo lograr que el pibe que va a una universidad y que tiene mucho más bagaje histórico no se crea que va a un barrio y puede conducirlo. Y que el pibe del barrio no sienta repulsión por ir a la universidad porque se siente sapo de otro pozo. Algo de esto se trabajó durante el kirchnerismo con la generación de nuevas universidades. Muchos pibes accedieron al estudio, y eso para mí fue un hecho revolucionario que todavía no pueden romper.

Contanos algo sobre las experiencias de trabajadores organizados de la economía popular que más se destacan o que más recordás ahora.

Hace muy poquito, tal vez un mes, fui a Chaco, y conocí una pareja de chicas muy pobres que empezaron a cobrar el salario social y empezaron a producir verdura, animales, cabritas. Además hacían ladrillería y me llevaron ahí como para probarme lo que pueden hacer. Tres cuestiones productivas de un mismo grupo. Y con cartoneros yo vi una organización gremial, de la calle. Eso fue contundente. En los noventa había puteadas, pedradas, cortes de ruta pero no había politización. Nos habían robado la política, no hacíamos política, era lucha gremial permanente. Yo creo que nosotros empezamos a agregar nuevamente la política. Donde viví muchos años, en Cuartel V, organizamos una recicladora social, un secundario, un centro cultural, un jardín de infantes, cooperativas de construcción, a lo largo de veinte años. Cuando empezamos con el Centro Cultural enseguida

trabajamos las cuestiones educativas desde una perspectiva de ida y vuelta más o menos como lo plantea Paulo Freire. Conocí muchas experiencias de compañeras que armaron jardines de infantes populares. Compañeras que no tuvieron formación académica, que no estudiaron para magisterio y lo fueron armando sobre la marcha. En el Evita había compañeras que no tenían dónde dejar los pibes y se fueron armando los jardines de infantes populares. Mi hijo iba a uno. También hay escuelas de gestión social, que les cobran una cuota a los pibes (porque si no, no las pueden mantener), donde hay un tratamiento preferencial por los pibes, están atrás de los problemas, y eso fue muy empujado por compañeras que yo conocí. Esa es la ternura revolucionaria. Es muy llamativo, porque ellas son capaces de dar la vida en el barrio, pero no aparecen en los discursos políticos y eso es algo que hay que modificar. Las compañeras tienen que jugar en política seriamente porque con esa ternura revolucionaria no hay forma de romperla, de quebrarla.

Te hemos escuchamos decir que resolver el hambre se asocia con la idea de la vuelta al campo.

Es otra cosa que hay que debatir, que lo escuché de parte de compañeros del Movimiento Nacional de Campesinado Indígena y que Emilio tomó con mucha fuerza cuando fue secretario de Agricultura Familiar, es la idea de potenciar a las organizaciones campesinas, porque hay un proceso de concentración económica brutal, hay cuatro o cinco empresas en la Argentina que definen quién come y quién no. Nosotros tenemos que salir a dar la discusión fundamentalmente desde ese pensamiento de ternura revolucionaria, para volver al campo, cómo sería la vuelta, o la marcha. Nosotros no

podemos seguir discutiendo control de precios, nosotros tenemos que discutir producción de alimentos, una producción que garantice la soberanía alimentaria, pero también una alimentación digna, que no te enferme. Para eso tenés que fundar nuevas ciudades, no digo refundar la Argentina, sino fundar nuevas ciudades. El Estado tendrá que comprar tierras, no digo que vamos a ir a sacárselas a alguien. Habrá que comprarlas, se la pagaremos a los premios, pero hay que dar ese debate en la Argentina, con los compañeros y las compañeras que estamos en condiciones de plantearlo. Y vamos a discutir la alimentación. Somos un país que produce alimentos para 400 millones de personas y no podemos garantizar que 40 millones coman todos los días.

Texto de Paula Abal Medina

El Gringo Castro es Secretario General de un sindicalismo de nuevo tipo, dispuesto a dar la discusión política y económica que el mundo despedazado del trabajo ya no puede posponer escudándose en la utopía perdida del pleno empleo. ¿Cómo se construye organización laboral y territorial a partir de la exclusión? ¿Cómo se organiza el trabajo en la Economía Popular? ¿De qué modo se avanza en un país donde los derechos se conquistan en la calle? ¿Por qué en algún momento hay que articular lo sindical y lo político? ¿Por dónde pasa la identidad trabajadora hoy?

Esteban Castro tiene 53 años y se reconoce como parte de una generación cortada: “Entre los 10 y los 17 años viví en dictadura”, dice, y durante buena parte de su vida el tráfico habitual del espacio público era pura antipolítica. Charlamos largo y tendido en un bar de Montserrat. Es Secretario

General (SG) de la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular desde su creación a fines de 2010. Todo el mundo le dice “El Gringo”. Su cualidad principal es que está, banca. Además tiene una condición inusual entre dirigentes varones: escucha. Al comienzo de un nuevo gobierno peronista, el triunvirato de San Cayetano –todas las organizaciones que constituyen la CTEP más Barrios de Pie y la CCC– que selló la unidad de acción en movilizaciones contra la política macrista ahora se reúne en una única y gran estructura sindical que se presume volverá a golpear las puertas de Azopardo 802.

Formarán la Unión de Trabajadores de la Economía Popular (UTEP), y el Gringo será su SG. Castro se casó con Mariel Fernández el 12 de diciembre de 1997. Viven y militan en Moreno desde los primeros días juntos. Pertenecen al Movimiento Evita. Llevan más de dos décadas impulsando la creación de centros culturales, una recicladora, un secundario, un comedor, cooperativas de construcción de vivienda y un jardín de infantes. Esa fue la malla territorial y gremial que logró el milagro: el reconocimiento electoral. Mariel Fernández acaba de ganar el municipio y lo hizo por casi el 60% de los votos.

Será la primera intendenta mujer nacida y criada en una vivienda precaria de Moreno. Hablamos por más de dos horas de su familia, del mundo de los trabajadores en cada etapa de su vida, del trabajo territorial y la religiosidad. También del peronismo.

Su viejo comenzó a trabajar durante el segundo gobierno de Perón: “Él me contaba que cuando era pibe había sufrido tuberculosis y hambre, y cuando llega Perón pudo tener sus primeras zapatillas. Nos contó que se las dio Evita. Unas de

lona de marca Flecha. Ya no existe más Flecha. Con Perón consiguió su primer laburo en una fábrica y con ese salario si él quería se podía comprar todas las semanas un traje: era lo más tener un traje en esa época. Yo era chiquito y me enteré de todas esas cosas, lo admiraba y le dije 'yo quiero ser peronista como vos. Hinchá de San Lorenzo y peronista'". Por su representación en el gremialismo de la economía popular, Castro fue convocado para ocupar una silla en el Consejo Federal "Argentina contra el Hambre" creado por el presidente entrante, Alberto Fernández. Hubo polémicas y alguna acusación por la presencia de figuras resonantes que pudieran farandulizar el hambre. Narda Lepes recogió el guante y escribió una minuta con sus impresiones del encuentro, publicadas en La Nación: "Esteban Castro contó cómo se viven desde el llano la pobreza y el hambre desde cerca, emocionando a casi toda la sala". Cada situación de hambre que escala tiene un recorrido. El hambre del preperonismo sucedía cuando éramos el "granero del mundo" y creció durante la década infame. El gran antídoto fue el peronismo de la patria trabajadora. El dispositivo realmente capaz de saciar el hambre se organiza en base a un sentido de justicia complejo. La historia social de las últimas décadas tiene dictaduras, hiperinflaciones, quiebras industriales, desempleo masivo, asalariados reconvertidos en trabajadores informales, bolicheros, contratistas y subcontratistas. ¿Cuánto se parece tu historia a la de tu país? Es una obviedad pero hay que decirlo: la historia de un país no se imprime con la misma intensidad en todas las familias. En la del Gringo hay mucho de la Argentina. Puede narrar el significado material del hambre porque es parte fundamental de "su ocupación" diaria. Pero es de punta a punta un dirigente sindical. El hambre es el eterno retorno si la atención no se concentra en

los trabajadores, el valor que producen, la sociedad que arman con la economía popular, la institucionalidad laboral que necesitan asegurar ahora. Según nos cuenta, las cosas comenzaron así: “Emilio (Pérsico) me llama. También me reuní con Luis Cáceres, ya habíamos discutido en otro espacio de debate político y empieza a surgir esta idea. ¿Cómo construir un sindicato de nuevo tipo? Yo tuve toda la vida otra idea de estructura sindical en la cabeza. Hasta que me cae la ficha cuando Juan (Grabois) me cuenta lo que hicieron con los cartoneros. Cuando yo llegué ya estaba medio elaborada la idea. Y dije ‘¡esto es lo mío! Qué lo parió, por qué no me lo dijeron antes’.” Según nos cuenta, las cosas comenzaron así: “Emilio (Pérsico) me llama. También me reuní con Luis Cáceres. ¿Cómo construir un sindicato de nuevo tipo? Yo tuve toda la vida otra idea de estructura sindical en la cabeza. Hasta que me cae la ficha cuando Juan (Grabois) me cuenta lo que hicieron con los cartoneros. Cuando yo llegué ya estaba medio elaborada la idea. Y dije ‘¡esto es lo mío! Qué lo parió, por qué no me lo dijeron antes